

El ocaso de un mito La reacción en Miami

En el exilio de Miami hay una fractura generacional y política por la impotencia de acabar con el castrismo

Bravatas seniles y joven realismo



LYNNE SLADKY / AP

Viva Cuba libre. Dos cubanoestadounidenses ondean banderas de Cuba mientras recorren *la Pequeña Habana* de Miami para celebrar la dimisión de Fidel

EUSEBIO VAL
Miami
Corresponsal



Ante el restaurante Versailles, que un diario local calificó de “el epicentro de la visceralidad anticastrista”, el relevo oficial al frente del régimen cubano ha revitalizado la conspiración. A sus 93 años –muy bien llevados, por cierto–, Pedro Fernández aún muestra ganas de combate. “Esperamos en cualquier momento matar a Castro, el asesino más grande de la historia de la humanidad”, asegura este hombre enjuto, con negocios inmobiliarios en Miami, que se jacta de haber protagonizado un atentado frustrado contra el comandante, en 1961. “Fallamos porque Fidel venía en el segundo coche y al final se cambió al cuarto”, dice. Le cayeron 25 años de cárcel, pero se escapó a los 37 meses, durante el primer permiso que le dieron.

Fernández, como otros contetulios en el Versailles, está encantado con el presidente *Buschi* –la pronunciación correcta se le resiste– por su dureza con Castro y Bin Laden: “Fíjese en que, después de las torres de Nueva York, Al Qaeda no ha podido tirar ni un clavito más aquí”. El anciano anticastrista promete que será republicano hasta la muerte. No tiene duda de que McCain merece ganar las presidenciales de noviembre, si bien admite que “Obama está hecho un tigre”.

Las bravatas seniles en el Parlamento oficioso de *la Pequeña*

Habana son la caricatura de un exilio que se está transformando por el factor generacional y por la impotencia de casi medio siglo sin conseguir el objetivo de acabar con el castrismo. En los medios de comunicación cubanos de Miami aún se maneja una retórica tremendista, propia de la guerra fría, y los políticos que los representan en Washington aún explotan el resentimiento. Pero entre las nuevas generaciones, aun siendo firmes anticastristas, se va imponiendo el realismo. Un representante de este sector moderado, cada vez más pujante, es el dirigente demócrata Joe García, que aspira a arrebatarle el escaño en el Congreso al republicano Mario Díaz-Balart, miembro de una poderosa familia cubanoestadounidense emparentada con Castro.

INCERTIDUMBRE

Calle Ocho, fiesta pero menos

■ La calle Ocho, arteria central de *la Pequeña Habana*, estuvo animada en la noche del martes. Mucho cubanos, al salir del trabajo, se dirigieron allí con sus vehículos y banderas para celebrar la dimisión de Castro, pero el júbilo no era nada comparable al del verano del 2006, cuando se anunció su enfermedad y la transferencia de poder.

García, de 44 años, hijo de exiliados y nacido ya en Estados Unidos, comparte el escepticismo general ante los últimos hechos en La Habana y no se hace ilusiones sobre la desaparición del régimen. Según él, “a un visionario feroz (Fidel) le sustituirá un pragmático feroz (Raúl)”, pero “el traspaso de poder de un enfermo de 82 años a otro enfermo de 76 no implica futuro”. García pertenece a esa generación de cubanos que observa las cosas sin tanta carga personal, con menos sentimentalismo. “Las nuevas generaciones son anti-Fidel, pero tienen familia en Cuba, y eso es lo primero”, subraya.

Una de las medidas que aceleraron la fractura del exilio durante los últimos años fue la decisión del presidente Bush de restringir al mínimo las visitas de cubanoestadounidenses a familiares en la isla y el envío de remesas de dinero. Para los anticastristas más duros, todo está justificado con tal de castigar al régimen. No importa que paguen justos por pecadores. “Ellos siempre quieren apretar y apretar, pisando la cabeza al cubano para que reaccione rebelándose contra el dictador”, afirma García. Él promueve suprimir estas medidas, aunque todavía no el embargo en sí mismo, más simbólico que real, al cual es “prematurado” renunciar porque significa una “posición filosófica, moral, religiosa, contra la dictadura”. Su propuesta no es el diálogo entre Raúl y el exilio, sino, para empezar, “el diálogo entre Raúl y el pueblo de Cuba”. Menos visceralidad y más posibilismo.●

Fin de una época

ANÁLISIS

Susanne Gratius

Finalmente llegó el día siguiente. En contra de todos los pronósticos, el posfidelismo no llega de forma traumática, sino que se produce casi sigilosamente. Tampoco parece que vaya a haber ninguna ruptura. Fue un cambio con orden dentro del marco establecido por el régimen. Poco a poco, Cuba y el mundo se pueden acostumbrar a vivir sin Fidel Castro. Es una buena noticia y queda la esperanza de que también sea el inicio de una nueva etapa política en Cuba.

Curiosamente, Fidel fue víctima de su propia sentencia de que 80 años son demasiados para ocupar funciones de Estado. Poco antes de cumplirlos, a finales de julio del 2006, pasó el poder a su hermano Raúl y nombró una cúpula política interina.

Nada demuestra mejor su poder absoluto en la isla que el hecho de que fue Fidel quien eligió el momento y la forma de dejar el poder. En los últimos 49 años, Cuba ha sido un espejo de su vida. No sólo para los cubanos Fidel es un mito viviente que algunos admiran por su valentía contra EE.UU. y otros odian por su autoritarismo. Es también una de las más grandes y controvertidas figuras políticas que escriben la historia.

Para vigilar los destinos de la nación, el comandante se reservó el puesto de guardián o historiador oficial de la Cuba revolucionaria definida y reinventada varias veces por él. A regañadientes cede su lugar a sus herederos, que tarde o temprano tendrán que emprender los cambios necesarios para mantenerse en el poder. Y aunque su larga sombra reduce la velocidad de los cambios, estos ya se están produciendo desde hace tiempo sin su autorización. Fidel representa el pasado y su salida del poder deja de condenar a los cubanos a vivir sin perspectiva en un Museo de la Revolución.

No se trata de una mera sucesión de Castro a Castro que garantice que todo siga igual. Su hermano representa un estilo diferente de liderazgo colectivo en vez de unipersonal y busca el consenso dentro de la cúpula política. No tiene afán de protagonismo, es pragmático, deliberativo y permite la crítica. A diferencia de Fidel, que desde el inicio de la revolución creó gabinetes en la sombra, siempre se ha apoyado en las dos instituciones más poderosas: las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y el Partido Comunista de Cuba. Ambas desempeñarán un papel clave

en esta *etapa raulista*, cuya referencia podría ser el modelo chino de abrir la economía sin dejar el partido único.

Convocados por Raúl, desde el verano del 2007 los cubanos pusieron sobre la mesa los problemas reales, entre otros, falta de transporte, bajos salarios, burocracia y control estatal, modesta oferta de alimentos, pobreza o corrupción. Muchos esperan que bajo la tutela de Raúl se reabra el camino que él mismo cerró en 1996, cuando su discurso puso fin al proceso de reformas económicas. Quedaron muchas tareas pendientes, entre las más urgentes equilibrar los salarios y disminuir la creciente desigualdad social. Muchos esperan que la catarsis nacional se traduzca en medidas concretas para mejorar por la vía legal (y no en la ilegalidad) sus condiciones de vida.

Una fecha importante es el próximo domingo, cuando se elegirán los miembros del Consejo de Estado. Puesto que consiguió el más alto número de votos en las elecciones del 20 de enero, es probable que su próximo presidente sea Raúl Castro. La composición del máximo órgano del Estado será decisiva para el futuro inmediato del país. Una figura clave es Carlos Lage, uno de los archi-

Una figura clave es Carlos Lage, uno de los arquitectos de la apertura económica de los noventa

tectos de la apertura económica de los noventa y primer ministro de facto, mientras que el canciller Felipe Pérez Roque representa la nueva generación de líderes. Quién suba o baje en la jerarquía castrista será una importante indicador, tanto para posibles divisiones dentro de la cúpula política como para las reformas pendientes.

De un gobierno posfidelista no cabe esperar una apertura democrática, sino una transición gradual hacia un régimen llamado socialista con mayor transparencia, menos centralizado, escaso carisma personal y mayor peso de las instituciones del Estado. Dado que las FAR han desempeñado un papel clave en las transformaciones empresariales, es probable que bajo mandato de Raúl se retome la agenda de reformas económicas pendientes, entre ellas, subidas salariales, más espacio para la iniciativa privada y mayor descentralización. Ante las altas expectativas de la sociedad, sin cambio será difícil garantizar la continuidad en Cuba. Y dicho cambio tiene que ocurrir a corto plazo y contar con la participación ciudadana.

S. GRATIUS, investigadora de la Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior (fride.org)